

Economía política de las instituciones: entre la democracia y el desarrollo económico

Un diálogo con Adam Przeworski

René Ramírez

Economista. Máster en Economía del Desarrollo (ISS-Holanda) y Máster en Gobierno y Asuntos Públicos (FLACSO-México)

Analía Minteguiaga

Doctora en Ciencia Política (FLACSO-México). Investigadora del Instituto Gino Germani (UBA-Argentina) y profesora asociada a FLACSO-Ecuador

Fecha de recepción: junio 2008

Fecha de aceptación y versión final: julio 2008



Adam Przeworski de nacionalidad polaca-estadounidense es uno de los científicos políticos más reconocidos y destacados a nivel mundial. Su línea fundamental de investigación se concentra en la relación entre democracia, capitalismo y desarrollo económico.

Nació en 1940, apenas unos meses antes de que Alemania invadiera Polonia, por lo que sus primeros años de vida estuvieron signados por la Segunda Guerra Mundial y posteriormente, por sus consecuencias. Se graduó en filosofía y sociología en la Universidad de Varsovia en 1961 donde recibió la influencia del positivismo lógico, básicamente, de la escuela lógica polaca y del idealismo germánico de tradición historicista. Inmediatamente después viaja a EEUU para adentrarse en el mundo de la Ciencia Política. Allí comienza sus estudios de doctorado en la Universidad de Northwestern, donde su tópico de disertación se concentró en el impacto de los sistemas de partidos en el desarrollo económico, siendo –según el propio Przeworski– el primer estudio empírico sobre este tema. Finaliza estos estudios en 1966. Un año después, concluye otro doctorado, esta vez en Sociología en la Academia Polaca de Ciencias mientras se encuentra viviendo en su país natal.

Posteriormente, regresa a EEUU y se incorpora a la Universidad de Pennsylvania donde dicta cursos y forma parte de un proyecto de investigación en el área de estudios internacionales sobre valores en política. Por problemas políticos no puede regresar a Polonia, al tiempo que se encuentra impedido de permanecer en los EEUU por dificultades de residencia. En ese momento, conoce al entonces director de FLACSO-Chile, Glaucio Soares, quien le invita a dicho país.

Así, en el otoño de 1968 viaja por primera vez a Chile, donde asume algunos compromisos como profesor visitante en aquella institución. Posteriormente, en 1969 obtiene un cargo docente en la Universidad de Washington. Entre 1970 y 1971 regresa a Chile y a FLACSO. En 1973 la Universidad de Chicago lo nombra profesor asociado y luego profesor principal, vinculación académica que mantiene por más de 20 años.

Es importante mencionar que, por su estancia en Chile y el conocimiento adquirido sobre la realidad política de ese país, vive muy de cerca la experiencia socialista del gobierno de Salvador Allende y su derrocamiento a manos de la dictadura de Pinochet. Estos eventos lo marcaron profundamente, llevándolo a valorar y desarrollar una definición de democracia que, si bien puede ser considerada minimalista, postula una clara distinción con los regímenes autoritarios.

Hacia fines de la década de 1970 integró el grupo de especialistas que iniciaron un trabajo de revisión y lectura crítica de la teoría de Marx. Se constituyeron a partir de lo que se dio en llamar “Grupo de Septiembre” y sus contribuciones fueron conocidas bajo el nombre de “marxismo analítico”. De acuerdo a muchos de sus seguidores, el marxismo analítico es una variante del marxismo tradicional, pero que sostiene que la teoría marxista debería conformarse por métodos científicos “normales” e incorporar el desarrollo de microfundamentos. Además de Adam Przeworski formaron este grupo Gerard Allan Cohen, John Roemer, Jon Elster, Robert Brenner, Philippe Van Parijs, Robert Van der Veen, Pranab Bardham, Hillel Steiner, Samuel Bowles y Erik Olin Wright, entre otros.

Przeworski enseña actualmente Ciencia Política en la Universidad de New York y es titular de la cátedra Caroll y Milton Petrie de Estudios Europeos. Además de las instituciones ya nombradas, ha sido profesor de la Universidad de Paris I, del Zentrum für Umfragen,

Methoden und Analysen (ZUMA), de Mannheim y de la Université de Genève.

Es autor de numerosos libros y artículos sobre desarrollo económico, democracia y las transiciones a la democracia en América Latina y Europa del Este. También ha publicado libros de metodología para las ciencias sociales entre los que se destacan *The logic of comparative social inquiry* (1970) y *Systems analysis for social scientists* (1975). Desde 1997 es editor de la serie *Cambridge Studies in the Theory of Democracy* que busca, a través de sus diversos títulos, revigorizar la discusión teórica sobre la democracia. En los últimos años ha publicado trabajos que analizan la relación entre instituciones políticas, desarrollo económico y redistribución.

Dr. Przeworski, ¿podría hacernos una breve descripción de su biografía intelectual? ¿Cuáles han sido sus principales líneas de investigación y a qué publicaciones han dado lugar?

Soy muy viejo para recordar mi biografía, aún si es sólo la intelectual. Muy brevemente, toda mi vida he estado interesado en la democracia, el desarrollo económico y en la relación entre los dos. Si se mira la lista de libros que he publicado, verá que varios de ellos llevan la palabra “democracia” en el título y varios tienen las palabras “mercados” o “desarrollo”. De alguna manera, toda mi vida he estado escribiendo el mismo libro. Pero como el mundo ha ido cambiando y yo he ido aprendiendo, me he visto obligado a cambiar mis puntos de vista. Debo mencionar que soy producto de la escuela lógica polaca¹: siempre estuve interesado en asuntos meramente metodológicos.

¹ La escuela lógica polaca estuvo encabezada por Kazimierz Twardowski (1866-1938), quien fue discípulo de Franz Brentano, considerado el padre de la misma. Sus características distintivas se basan en una

En una entrevista² usted citaba una sugestiva idea de Marx quien en 1850 afirmaba que la combinación de la propiedad privada y el sufragio universal es imposible. Sabemos que usted no está de acuerdo con esta afirmación. Por favor, ¿explíquenos por qué y qué relevancia tienen las instituciones políticas para la revisión del marxismo tradicional?

Pasé varios años, entre 1979 y 1986, tratando de clarificar dos problemáticas, ambas en colaboración con Michael Wallerstein (1982). La primera problemática estaba motivada por la opinión, sostenida en el siglo diecinueve por pensadores de todo el espectro político, desde Thomas Macaulay hasta Karl Marx, la cual defendía que si los trabajadores obtenían derechos políticos bajo la forma del sufragio, utilizarían este derecho para confiscar la propiedad. A su vez, Marx suponía, que la burguesía, al verse enfrentada al peligro de la confiscación por parte de la clase trabajadora, acudiría inevitablemente a las armas y, por tanto, subvertiría la democracia. El capitalismo y la democracia, entonces, no podían coexistir.

actitud generalmente minimalista, en el rechazo a toda forma de irracionalidad, en la aspiración de alcanzar la precisión lingüística y la exactitud argumentativa, a fin de alcanzar la claridad e inteligibilidad de las ideas. Sus seguidores compartían una plena confianza en la posibilidad de la “cientifización” de la metafísica mediante la utilización de conceptos claros, inspirados en la lógica y eliminando cualquier ambigüedad semántica y lingüística. Esta fe en la lógica no condujo a una carencia de conciencia de la complejidad de los problemas filosóficos, dado que fue inspirada en una actitud de precaución y prudencia. Para esta entrevista, quizás uno de los elementos más relevantes a destacar sea que esta escuela supuso al método lógico como paradigma de todo quehacer filosófico. Ver *Polish Philosophy Page*.

- 2 Entrevista realizada por Gerardo L. Munck en febrero de 2003 y publicada en el año 2007. Ver Przeworski, Adam, 2007, “Capitalism, Democracy, Science”, en Gerardo L. Munck y Richard Snyder, *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, Johns Hopkins Press, Baltimore, p. 456-503.

Sin embargo, en ciertos momentos coexisten de forma difícil en algunos países y en otros bastante pacíficamente y sin problemas. Cuando los trabajadores se organizaron en sindicatos y partidos, estaban dispuestos a moderar sus demandas salariales y a obedecer los veredictos de las urnas. Y cuando llegaron al poder en sociedades capitalistas, los partidos de los trabajadores defendieron la democracia, aún cuando esta defensa suponía sacrificios económicos y derrotas electorales.

Las explicaciones sobre este comportamiento, que prevalecían en aquel tiempo entre quienes criticaban desde la izquierda a la social democracia, eran que los trabajadores estaban dominados ideológicamente por la burguesía que controlaba los medios de comunicación de masas o que eran traicionados una y otra vez por líderes cooptados. En estas explicaciones, los trabajadores eran considerados incautos o ingenuos, opciones que no parecían probables. Por tanto, la pregunta que planteábamos era si esta estrategia de los movimientos de la clase trabajadora podía ser entendida en términos de sus intereses, si era económicamente racional.

Llegamos a la conclusión, que a menos que los trabajadores pudieran expropiar capital y dirigir empresas por su propia cuenta, la estrategia moderada de parte de la clase trabajadora era racional. La razón es obvia: si un salario elevado hace que las empresas inviertan menos, los trabajadores estaban reemplazando consumo actual por consumo futuro. A su vez, al enfrentar demandas moderadas, la burguesía no sólo invierte sino que también puede vivir con democracia. Como resultado, un “arreglo de tipo democrático” emerge de manera natural, al menos bajo ciertas condiciones.

La segunda problemática concernía al sesgo en pro del capital de los gobiernos democráticos. Eran las épocas fogosas del debate Milliband-Poulantzas (1969). Milliband reunió una impresionante cantidad de evidencia



que mostraba que las instituciones del Estado capitalista tienden a estar ocupadas y dirigidas por miembros de las élites económicas, sosteniendo que es por esto que estas instituciones favorecen al capital por sobre la clase obrera. Pero ni él, ni muchos otros que le siguieron pudieron resolver la incógnita que constituían los gobiernos socialistas: ¿por qué favorecerían ellos también al capital? La respuesta dada por Poulantzas (1973) como por Lindblom (1977) y por muchos otros, era que esta dependencia del Estado respecto del capital era inevitable porque los capitalistas controlaban la inversión; y el Estado, como todos los demás, dependía de las decisiones de inversión.

Nuestra contribución a este debate fue llegar a la conclusión que la dependencia respecto del capital tanto de los trabajadores como de los gobiernos que los representaban era “estructural”: efecto de la estructura de la propiedad de una sociedad capitalista. El Estado, sin importar quién ocupe sus puestos más altos, quien lo haya elegido y más allá de las intenciones, está limitado en cualquier economía capitalista por el hecho de que las

decisiones económicas cruciales, aquellas que afectan el empleo y la inversión, son una prerrogativa privada.

Una conclusión central de estos análisis fue que la propiedad privada de los recursos productivos limita el rango de resultados que pueden derivarse de un proceso democrático. Por lo tanto, centrarse exclusivamente en el proceso político puede ser engañoso. Las instituciones importan, al igual que las diferencias partidistas. Pero, ¿cuánto importan? A menos que esta pregunta se plantee cada vez, terminamos con una perspectiva ideológica del proceso político, una perpetuación de la impotencia popular. En efecto, la ideología del capitalismo democrático es contradictoria: a la gente se le dice al mismo tiempo que cuando votan escogen y que algunas opciones resultarán en su empobrecimiento debido al efecto que tiene su voto en el comportamiento de aquellos que controlan los recursos productivos más importantes. Claramente, esta ideología describe como impersonal y natural el hecho de que la propiedad tiene este poder limitante, simplemente como un hecho de la vida. Pero la tensión sigue: si masas de gente están insatisfechas con el proceso político, es porque lo que puede decidirse por el voto está limitado por la propiedad privada del capital. En palabras de Bobbio (1989), “la cuestión no es quién vota, sino sobre qué se vota”.

¿Se considera usted un marxista? ¿Qué significa ser marxista hoy en día? ¿Y qué aporta el adjetivo de “analítico” a esta corriente de pensamiento?

Soy un científico social, no un marxista. Siguiendo a Engels, muchos marxistas, más notablemente bajo la influencia de Althusser (1968, 1969), pensaban que la teoría marxista debía ser evaluada bajo sus propios criterios: el “marxismo dialéctico” debía ser la epistemología del “materialismo histórico.” Los marxistas analíticos rechazaron este acer-

camiento, argumentando que la teoría marxista de la sociedad debía ser sujeta a los mismos criterios que cualquier otra teoría científica: la coherencia lógica y la evidencia empírica. Debo anotar, a propósito, que mientras este acercamiento está usualmente asociado con el grupo de académicos occidentales que empezó a reunirse a finales de los 70 y llegó a ser conocido como “marxistas analíticos”, este acercamiento fue adoptado por un grupo de marxistas polacos, varios de los cuales fueron mis profesores, ya a finales de los 50.

Habiendo dicho esto, mucho de mi trabajo se inspiró en los escritos de Marx y algunos de sus seguidores. Sigo pensando que los análisis de Marx de los eventos políticos de Francia alrededor de 1850 son el mejor punto de partida para entender la dinámica de los regímenes políticos. Si bien comparto el punto de vista general respecto a que la teoría de Marx sobre la dinámica del capitalismo tenía una lógica defectuosa, creo que sus principios metodológicos estaban correctos. También recurro frecuentemente a la crítica de Marx de la igualdad política en sociedades económicamente desiguales. Y continúo siendo un Gramsciano en la comprensión del rol de la ideología.

En sus trabajos sobre las transiciones entre regímenes políticos usted utiliza, entre otras herramientas, la teoría de juegos. ¿Cómo logra compatibilizar en sus investigaciones el análisis estructural histórico con el individualismo metodológico que supone esta teoría?

Aquí mi respuesta está en deuda con John Roemer (1986). Los teoremas, dice Roemer en la “Introducción” a *Marxismo Analítico*, conciernen al nivel colectivo-macro, pero sus pruebas deben especificar mecanismos al nivel individual-micro. Poniéndolo de otra manera, el análisis estructural histórico establece leyes generales, pero para entender cómo se generan estas leyes, se debe entender cómo los individuos, grupos, organizaciones o clases interac-

túan bajo condiciones históricas concretas. La teoría de juegos es simplemente un lenguaje para comprender la interacción estratégica de actores sociales interdependientes. Obsérvese que cuando Marx derivó la ley de la tasa decreciente de ganancia en el *Capital*, utilizó la teoría de juegos: la tasa de ganancia disminuye porque la mejor respuesta de cada capitalista a la inversión de otros capitalistas es invertir.

Del *mainstream* de la economía se desprende que hay que *testear* las teorías de una manera empírica. Primero se tiene la teoría y luego se verifica en los hechos. Por el contrario, desde el inductivismo se suelen observar los hechos para luego teorizar. En una línea similar, la investigación que vino a presentar al Ecuador sobre instituciones políticas, desarrollo y redistribución sostiene que se trata de un estudio de “hechos” y sólo a partir de éstos se plantea la posibilidad de trabajar potenciales teorías. La pregunta entonces que nos interesa hacerle es: ¿Podemos observar los hechos de una manera no neutral o sin teoría que la preceda? ¿No está teñida esa observación de alguna mirada teórica que incluso permite construir lo observable desde un lugar y no otro?

Un colega mío de la Universidad de Chicago, Leo Goodman, alguna vez remarcó que: “Un hecho, de hecho, es bastante abstracto”. Ciertamente no creo que haya “hechos” anteriores a la teoría. Cuando hablo de estudiar hechos quiero decir que a veces hay varias teorías que llevan a conclusiones divergentes: por ejemplo, la democracia ¿promueve o retarda el desarrollo económico? Aquí es cuando los “hechos” deben traerse a colación para responder a la pregunta. Obviamente si las teorías difieren en lo que consideran que son hechos relevantes, la comparación no es posible. Pero las teorías deben tener implicaciones empíricas: si no se pueden probar recurriendo a algunos hechos, entonces simplemente son tonterías.

Usted ha dedicado buena parte de sus investigaciones a tratar el tema de las transiciones a la democracia. ¿Puede usted caracterizar la noción de “transición”, sea ésta a la democracia capitalista, a una nueva forma de dictadura o al socialismo? Por otra parte, si tomamos en cuenta que en América Latina parece estar emergiendo una tendencia de gobiernos de izquierda y en el marco de lo que usted ha conceptualizado como “transición”, ¿se podría hablar en estos casos de una transición al socialismo o se trata solo de otra forma de administrar el capitalismo?

Permítame dar primero una respuesta autobiográfica. Cuando un grupo de nosotros, bajo el liderazgo de O'Donnell y Schmitter empezamos en 1979 a pensar sistemáticamente sobre las transiciones, estábamos dispuestos a pagar un precio, casi cualquier precio, para parar las matanzas que estaban siendo perpetuadas por tantos dictadores de ese tiempo³. Muchos de nosotros éramos socialistas de un tipo u otro y varios de nosotros soñábamos ver que las transiciones a la democracia se convirtieran en transiciones al socialismo. No fue fácil darse cuenta que el precio por la democracia puede ser el comprometer las transformaciones sociales y económicas, aún las más urgentes. Pudimos haber sido neófitos: muchos de nosotros descubrimos la importancia elemental de lo que se solía llamar “democracia formal” sólo después de las repercusiones del golpe militar chileno de 1973. Pero nosotros queríamos parar las matanzas, y pensamos que la única manera era hacer concesiones, y estábamos dispuestos a renunciar a

nuestros ideales para lograr lo que al menos parecía posible de alcanzar. En retrospectiva, después de que cayeron las dictaduras, las armas fueron desmontadas, e incluso algunos de los perpetuadores de los crímenes encarcelados, fue fácil acusarnos de traición. Pero en ese momento, la amenaza era real y estuvimos en lo correcto al ser prudentes.

Más aún, sigo pensando que las transiciones a la democracia, aún bajo el capitalismo, tuvieron efectos económicos y sociales positivos para la vida de la mayoría de la gente, incluidos los pobres. Y creo que alguna forma de capitalismo está aquí para quedarse. El Estado puede jugar un mayor rol en el manejo de la economía, las instituciones estatales pueden estar mejor organizadas para cumplir su rol administrativo, una participación política más extensiva puede mejorar la calidad de su desempeño, una política social más extensiva puede proteger de mejor manera a los segmentos pobres de la población de las vicisitudes del mercado, pero los mercados seguirán asignando la mayoría de recursos y seguirán distribuyendo la mayoría de ingresos. El “socialismo del siglo XXI” puede ser a lo más un conjunto de objetivos que las sociedades quieren alcanzar, pero no una forma alternativa de organización de la economía.

En la conferencia que dictó en Ecuador usted se preguntaba: “¿Qué sabemos acerca del efecto de las instituciones políticas sobre el crecimiento y la distribución?”. Nos gustaría saber por qué es relevante hacerse esa pregunta y qué consecuencias tiene.

En segundo lugar, allí sostuvo como tesis central que las instituciones conducen al desarrollo si “absorben los conflictos y los procesan de acuerdo a reglas”. ¿Cuáles sería exactamente esas instituciones y cómo cumplirían ese cometido? En este sentido, podría contarnos en qué se diferencia su perspectiva institucionalista de aquella sostenida por autores como Douglas North o de aquella

3 El artículo de Adam Przeworski fruto de esa investigación conjunta fue: Przeworski, Adam, 1986, “Some Problems in the Study of the Transition to Democracy”, en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, editores, *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspectives*, Vol. III, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres.

postulada y defendida por organismos internacionales como el Banco Mundial.

Estas dos últimas preguntas están relacionadas, por tanto las respondo conjuntamente. La razón para plantear preguntas sobre los efectos de las instituciones es que los diseños institucionales pueden tener efectos diferentes sobre lo que le importa a la gente. Más aún, las instituciones están sujetas a ingeniería: muchos países están experimentando con reformas del Estado e inclusive de las constituciones, con la esperanza de que al cambiar los sistemas institucionales mejore el bienestar o se haga más efectiva la participación política. Pero esos intentos están basados en hipótesis: “si adoptamos este sistema institucional, la consecuencia será que...”. Y necesitamos saber si son una buena base para esperar que el cambio genere las consecuencias deseadas. Solo desear no es suficiente; el conocimiento técnico es necesario.

En lo que difiero del neo-institucionalismo, como lo ha propuesto North (1980, 1889, 1990, 1997) o como es implementado por las instituciones financieras internacionales, es que yo no creo que el mismo sistema institucional es el mejor bajo todas las condiciones. North, de hecho, confronta una tensión teórica que no puede resolver: él piensa que las instituciones importan, pero también que instituciones particulares emergen y funcionan bajo condiciones específicas. Y si las instituciones son endógenas, investigar sus consecuencias se vuelve difícil: necesitamos aislar los efectos de las instituciones de los efectos de las condiciones bajo las cuales estas instituciones funcionan. Es por esto que creo que tenemos poco conocimiento sólido acerca de los efectos de las instituciones.

Mientras la mayoría de la discusión entre los científicos sociales atañe a la pregunta de cuáles son las instituciones que importan para el desarrollo, trabajando con Carolina Curvale (2006), nos sorprendió el hecho de que en

muchos países durante períodos relativamente largos la vida política no sigue regla alguna; para ponerlo de otra manera, no existen instituciones que funcionen. Y hemos descubierto que tales períodos son costosos en términos de desarrollo. No entiendo del todo por qué, pero la evidencia *prima facie* es muy sólida. A su vez, las economías crecen más rápido cuando los conflictos políticos se canalizan en el marco institucional y son procesados de acuerdo a ciertas reglas preestablecidas.

Los recientes triunfos de los gobiernos denominados “progresistas” en la región incorporan –en buena medida– un elemento nuevo en el mapa de actores: los movimientos sociales (tanto dentro de las coaliciones gubernamentales como fuera de ellas, en tanto mecanismos de apoyo). ¿Qué estarían expresando los movimientos sociales en términos del sistema institucional y, en particular, de las instituciones políticas de la democracia representativa? ¿Cómo incorpora usted este elemento en su análisis?

Las instituciones democráticas como las hemos conocido no tienen lugar para los movimientos. Obviamente, algunas organizaciones que se llaman a sí mismas “movimientos” son de hecho partidos políticos. Pero los movimientos no tienen un destinatario en las instituciones políticas: los partidos políticos participan en las elecciones; los grupos de interés, cabilderos, y las ONG se dirigen a la burocracia, pero los movimientos no tienen un lugar institucional a donde acudir. Es por esto que la mayoría del tiempo los vemos en las calles. No me malinterprete: esta no es una crítica a los movimientos sino al diseño institucional de las democracias. Al mismo tiempo, crear un lugar para los movimientos dentro del Estado supone el riesgo de que sean cooptados y utilizados para fines políticos del gobierno. Este es un asunto que requiere creatividad: ¿cómo absorber a los movimientos

sociales en el marco institucional sin instrumentalizarlos?

Usted ha señalado que para que la democracia sobreviva la redistribución no debe ser tan extensa como para amenazar a los ricos pero suficiente como para satisfacer a los pobres. Y si esto no se diese así, los actores buscarían derrocar los resultados de la democracia. ¿Como explicaría usted entonces que vamos ya más de dos décadas de democracia en la región y América Latina sigue siendo la región más desigual del mundo? ¿No contradeciría esto su afirmación?

Reducir la desigualdad es muy difícil. Si se observan los datos sobre la distribución del ingreso en diferentes países a lo largo del tiempo (tome en cuenta que estos datos son muy malos), se verá que las distribuciones del ingreso cambian de forma extremadamente lenta. Los únicos casos en los cuales la desigualdad declinó rápidamente estaban asociados con algún tipo de cataclismo: revoluciones, ocupaciones extranjeras, guerras o emigración masiva de los pobres (Noruega, Suecia). Las instituciones políticas parecen no tener impacto en la desigualdad. Piense en Brasil: fue una monarquía, una “república oligárquica,” una dictadura militar de izquierda, una democracia con presidentes débiles, una dictadura militar de derecha y una democracia con presidentes fuertes. Y, hasta donde sabemos, la distribución del ingreso nunca cambió.

Las razones no son sólo políticas. Ciertamente, en algunas condiciones históricas, las organizaciones de la clase trabajadora moderaron sus demandas redistributivas por miedo a que la burguesía buscara la protección de los militares o apoyara alguna otra forma de dictadura. Pero también hay razones puramente económicas. Lo que debe preguntarse es: ¿redistribuir qué y cómo? La redistribución del consumo mejora las vidas de los pobres pero no cambia la estructura productiva. Además, el

financiar el consumo de los pobres es costoso en términos de inversión. Es una solución urgente, pero no puede ser una solución permanente. Por tanto, lo que es necesario redistribuir para reducir la desigualdad son los recursos productivos, las capacidades productivas. Una distribución más igualitaria de los recursos productivos es eficiente desde el punto de vista puramente económico: promueve el desarrollo al mismo tiempo que satisface la justicia, como dijo una vez Leon Blum.

Pero nuevamente, ¿cuáles son los recursos que pueden ser redistribuidos en las sociedades modernas? Cuando la idea de la propiedad igualitaria apareció por primera vez, los recursos productivos significaban tierra. La tierra es relativamente fácil de redistribuir: basta con tomarla de unos y darla a otros. Por lo tanto, las reformas agrarias fueron frecuentes en la historia del mundo: sólo entre 1946 y 2000 hubo al menos 175 reformas agrarias que incluían redistribución. Pero en la mayoría de países la distribución de tierra juega hoy un rol relativamente menor en la generación de la desigualdad del ingreso. En cambio, otros recursos oponen resistencia a una operación tan simple. Los comunistas nacionalizaron el capital industrial, anunciando que las ganancias no invertidas serían distribuidas de manera igualitaria entre los hogares. Esta solución redujo la desigualdad pero dio lugar al estancamiento económico. Alternativamente, uno podría redistribuir títulos de propiedad en forma de acciones, pero la experiencia con las “privatizaciones ciudadanas” posteriores a 1989 muestra que las acciones vuelven a reconcentrarse porque la gente que es pobre las vende a aquellos que son más ricos.

La única solución, en mi opinión, son políticas de “desarrollo orientado hacia los pobres.” Estas son políticas de desarrollo que están estrictamente dirigidas al incremento de la productividad de los pobres, ya sea flexibilizando los constreñimientos para el crédito, capacitando en habilidades específicas, subsi-

diando la infraestructura necesaria, enfocándose en las enfermedades ante las cuales los pobres son más vulnerables, etc. Pero estas políticas toman tiempo en generar frutos. Y requieren de un alto nivel de competencia administrativa para diagnosticar las necesidades y enfocar las políticas.

Como puede verse, creo que reducir la desigualdad simplemente es difícil. No debemos poner demasiada carga sobre la democracia. Esto no quiere decir que todas las democracias son lo mismo. Algunas barreras a la redistribución son políticas: en muchas democracias el dinero tiene un impacto desproporcionado en la política. Para decirlo crudamente, el dinero compra políticas, ya sea a través de su efecto en las elecciones o directamente influyendo en los gobiernos. Y las políticas compradas por los ricos no son aquellas que promueven la igualdad. Entre las democracias contemporáneas, la relación entre los ingresos del quintil superior y del inferior, que tal vez es la medida más intuitiva de la desigualdad, varía de cerca de 33 en Brasil a menos de 6 en Finlandia, Bélgica, España y Corea del Sur. Por tanto, deberíamos comparar y juzgar las opciones que los partidos ofrecen a los votantes, al igual que las po-



líticas de gobiernos particulares. Además, dado que los conflictos por la distribución de las oportunidades, el empleo y el consumo son el pan de cada día de las políticas democráticas, debemos estar vigilantes. Pero incluso los mejores gobiernos operan bajo limitaciones que no son de su propia creación.

Mayo de 2008

Biografía de Adam Przeworski como autor y coautor

Libros

- 2003, *States and Markets: a primer in political economy*, Cambridge University Press, New York.
- 2000, *Democracy and Development: political regimes and material well-being in the world, 1950-1990*, Cambridge University Press, New York.
- 1993, *Economic Reforms in New Democracies: a social-democratic approach*, Cambridge University Press, New York.
- 1991, *Democracy and the Market: political and economic reforms in eastern Europe and Latin America*, Cambridge University Press, New York.
- 1990, *The State and the Economy Under Capitalism*. A monograph in Jacques Lesourne and Hugo Sonnenschein, editors, *Fundamentals of pure and applied economics. encyclopaedia of economics*, Har-wood Academic Publishers, Chur.
- 1986, *Paper Stones. A history of electoral socialism*, University of Chicago Press, Chicago.
- 1985, *Capitalism and Social Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge.
- 1975, *Systems analysis for social scientists*, John Wiley and Sons, New York.
- 1970, *The Logic of Comparative Social Inquiry*, John Wiley and Sons, New York.
- 1966, "Party System and Economic Development", Ph.D. Dissertation Northwestern University.
- Maravall, José María y Adam Przeworski, editores, 2003, *Democracy and the Rule of Law*, Cambridge University Press, New York.

Artículos en revistas y libros

- Benhabib, Jess y Adam Przeworski, 2006, "The political economy of redistribution under democracy", en *Economic Theory*, No.29, pp. 271-290.
- Gandhi, Jennifer y Adam Przeworski, 2007, "Dictatorial Institutions and the Survival of Autocrats", en *Comparative Political Studies*, No. 40, pp. 1279-2301.
- , 2006, "Cooperation, Cooptation, and Rebellion under Dictatorships", en *Economics and Politics* 18, pp. 1-26.
- Przeworski, Adam, 2006, "Self-enforcing Democracy", en Donald Wittman y Barry Weingast, editores, *Oxford Handbook of Political Economy*, Oxford University Press, New York.
- , 2004, "Democracy and Economic Development", en Edward D. Mansfield y Richard Sisson, editores, *The Evolution of Political Knowledge*, Ohio State University Press, Columbus.
- , 2004, "The Last Instance: Are Institutions the Primary Cause of Economic Development?", en *European Journal of Sociology*, Vol. 45 No. 2, pp. 165-188.
- , 2004, "Institutions Matter?", en *Government and Opposition*, Vol. 39, No. 2, pp. 527-540.
- , 1987, "El marxismo y la elección racional", en *Zona Abierta*, No. 45, Madrid, pp. 97-136.
- , 1986 (1981), "Compromiso de clases y Estado: Europa Occidental y América Latina", en Norbert Lechner, editor, *Estado y Política en América Latina*, Siglo XXI, México, pp. 236-271.
- , 1986, "Material Interests, Class Compromise, and the Transition to Socialism", en John Roemer, editor, *Analytical Marxism: Studies in Marxism and Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 162-188.
- , 1997, "Una mejor democracia, una mejor economía", en *Claves de razón práctica*, No. 70, pp. 2-9.
- Przeworski, Adam y Carolina Curvale, 2006, "¿Explica la política la brecha económica entre Estados Unidos y América Latina?", en Francis Fukuyama, editor, *La Brecha entre América Latina y los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, pp. 129-166.
- Przeworski, Adam y Michael Wallerstein, 1982, "The Structure of Class Conflict in Democratic Capitalist Societies", en *American Political Science Review*, Vol. 76, No. 2, junio, pp. 215-38.

Otros autores en relación a los temas tratados en esta entrevista

- Althusser, Louis, 1968, *For Marx*, Verso/NLB, Londres.
- Althusser, Louis y Etienne Balibar, 1969, *Reading Capital*, Verso, Londres.
- Bobbio, Norberto, 1989, *Democracy and Dictatorship*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Lindblom, Charles, 1977, *Politics and Markets. The World's Political Economic System*, Basic Books, Inc. Publishers, New York.
- Miliband, Ralph, 1969, *The State in Capitalist Society*, Basic Books, New York.
- Miliband, Ralph, 1970, "The Capitalist State: Reply to Nicos Poulantzas", en *New Left Review*, No. 59, pp. 53-60.
- North, Douglass, 1980, *Structure and Change in Economic History*, W.W. Norton, New York.
- , 1990, *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge University Press, Cambridge.
- , 1997, "Some Fundamental Puzzles in Economic History/ Development", en W. Brian Arthur, Steven N. Durlauf y David A. Lane, editores, *The Economy as an Evolving Complex System II*, Westview Press, Addison-Wesley.
- North, Douglass y Barry W. Weingast, 1989, "The Evolution of Institutions Governing Public Choice in 17th Century England", en *Journal of Economic History*, No. 49, pp. 803-832.
- Poulantzas, Nicos, 1969, "The Problem of the Capitalist State", en *New Left Review*, No. 58, pp. 67-78.
- Poulantzas, Nicos, 1973, *Political Power and Social Classes*, New Left Books, Londres.
- Roemer, John, editor, 1986, "Introduction", en *Analytical Marxism: Studies in Marxism and Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 3-8.